

# **"El compromiso cristiano del laicado cristiano entre la afirmación y la negación eclesiástica en la praxis por el Reino de Dios"**

---

*Suyapa Pérez Escapini*

En esta reflexión quiere presentarse la vocación cristiana laica en la disyuntiva de afirmarse por una parte, en el seguimiento de Jesús al servicio de la misión de la Iglesia y el Reino de Dios, en la historia presente. Y por otra parte, ante el reto que implica construir esta vocación frente a sus interlocutores sociales y de la jerarquía eclesiástica, cuando ese caminar conduce por identidad laica, a la integración de su aporte en las luchas sociales amplias que en diferentes contextos culturales contemporáneos buscan valores, algunos muy seculares, pero convergentes con la praxis mesiánica de Jesús y a la altura de los signos de los tiempos en nuestro siglo.

En el primer apartado queremos recordar brevemente tres fundamentos teológicos de la consagración bautismal como el eje de identidad cristiana del Pueblo de Dios.

En el segundo apartado, se reflexiona sobre el significado teológico del aporte de la memoria histórica eclesial que se nutrió del trabajo de agentes pastorales de laicos y laicas en la misión. Subrayamos la coincidencia en la asunción del legado profético que se viene asumiendo como Iglesia hace varias décadas postconciliares, en el istmo centroamericano.

En la tercera parte se presentan tres desafíos teológico pastorales, para un trabajo compartido entre los laicos y la jerarquía, con una mayor mística evangélica y capacidad de integración de los dones recibidos para la misión que realizamos como cuerpo eclesial.

## **I. Fundamentos teológicos de la consagración bautismal como el eje de identidad cristiana del Pueblo de Dios.**

*A. Jesús fue un laico en el seno de Israel, no un religioso de la diversidad existente en su época. Este dato es parte del anuncio revelador del Reino de Dios.*

Como sabemos en la Palestina del tiempo de Jesús, los grupos religiosos eran al mismo tiempo reflejo de la composición socioreligiosa de Israel. Es impensable en aquella época desvincular identidad religiosa y societaria, experiencia religiosa, de la participación social. Frente a las expectativas mesiánicas los grupos de Israel estaban ubicados en tres posiciones: resignación pasiva, a la que se acogía la mayoría del pueblo, la oposición incluso violenta a la dominación romana, y la acomodación oportunista a los intereses hegemónicos del imperio romano con la finalidad de proteger privilegios de dimensión local, en la provincia de Siria a la que Palestina pertenecía. En una realidad social teocrática que vive una dependencia opresiva en los planos político, económico y religioso, la identidad de los grupos de aquel tiempo reflejaban también una posición política religiosa en la vida cotidiana. En ese marco hemos de ubicar la praxis de los fariseos, saduceos, escribas, zelotas y esenios. Todos a la espera del Reino de Dios y del Mesías prometido en la tradición profética y todos con una insoslayable esperanza del proyecto de liberación mesiánica que ubicaría a Israel en una relación centrípeta con los otros pueblos.

Como bien sabemos este nacionalismo teocrático no fue confirmado así con la llegada de Jesús, tenemos con él una mirada más bien centrífuga respecto de Israel acerca de la llegada del Reino de Dios, sino más bien abrió sus ojos a la universalidad; primero con los vecinos samaritanos, con los miserables, con los segregados, tras los que subyacía el rechazo sacralizado de las élites religiosas que detentaban equivalente poder en la pirámide de las relaciones sociales de aquel mundo palestino hace veinte siglos.

En definitiva, que Jesús provenga del seno de la tradición profética, con rasgos por supuesto también sapienciales y apocalípticos, nos ha de hacer ubicar su vida y mensaje por el Reino como buena noticia para quienes estaban ayer y hoy oprimidos por marginación socioeconómica, política y religiosa.

El principal aporte de Jesús en esta dirección es denunciar cuál Dios está tras esas prácticas, desenmascarando ídolos frente a la acción restauradora y totalmente solidaria con su creación. Jesús devela un Dios que no solo reincorpora a las promesas a los marginados por los estrechos intereses de quienes detenían los significados oficialmente reconocidos, sino que hizo redescubrir el rostro una vez más misericordioso de Dios, al que se le puede hablar con cariño "Abba". (Cf. Jesucristo Liberador P. Jon Sobrino).

Con su praxis y con su predicación Jesús abrió una nueva y definitiva alianza donde todos por gratuidad son llamados a la filiación con Su Amor, y por ende a la fraternidad sin reservas de sus hijos e hijas. Y esto, ha de constituir para la comunidad eclesial que quiere seguir los pasos del Maestro e Hijo de Dios, no un dato complementario sino un elemento de la revelación universal del Dios en la tradición judeocristiana, capaz de transformar las relaciones humanas con la comunidad humana y con la historia.

Porque este Jesús, rostro de Dios, provino del estamento laico de aquella sociedad, y además de Nazaret donde dice la Escritura que nada nuevo se podría esperar. Sorpresa para el ayer y para el ahora: "¿No es este el hijo de José, el carpintero?"; muchos más sus detractores ante un exorcismo de Jesús se preguntan con asombro: "¿Qué es esto? ¿Con qué autoridad enseña esta nueva doctrina?. Incluso le obedecen los espíritus malos". (Marcos 1,27).

*B. El Bautismo cristiano hace compartir la identidad real, profética y sacerdotal de Jesucristo a toda persona bautizada para la misión eclesial.*

La identidad cristiana radica en la fe recibida y aceptada del Bautismo. Toda Iglesia fundada en Jesús se rinde al misterio de la dimensión sacerdotal que Jesús inauguró con su vida y con la entrega de la misma. Mucho más con la acogida que el misterio del Padre le procuró en su Pascua, fundamentalmente en la fe comunitaria de la Resurrección.

Por eso Jesús, declarado piedra angular, la que desecharon los arquitectos, se torna fundamento de su Iglesia, cabeza única de ella a la que le une un misterio de amor y una promesa de recapitulación universal de toda la familia humana convocada. La dimensión escatológica de la promesa incluye a toda la

creación, llamada a una nueva creación que ha iniciado con dolores de parto como Pablo atestiguó. La Nueva Jerusalén utópica de la tradición neotestamentaria que hunde sus raíces en el pueblo histórico de Israel, pero que es erigida como símbolo de la nueva tierra posible a las futuras generaciones.

A la comunidad eclesial ingresamos como puerta única en el Bautismo. En el siglo XXI se supone que tal acceso se produce con entera liberalidad, fruto de un trabajo solidario y misionero que a través de la promoción humana y la contextualización del mensaje ha procurado la conversión de la conciencia a la fe que suscita el encuentro con el Evangelio. Lejos queda aquí el aire colonial y neocolonial por el que más de alguno sienta nostalgia.

Con esta fe recibida en la familia y una determinada comunidad de fe en tradición eclesial, el cristiano y cristiana es incorporado a la dimensión profética, sacerdotal y real de Jesús.

El perfil de cómo hemos de comprender y vivir la naturaleza del profetismo está en las coordenadas bíblicas del Antiguo y Nuevo Testamento. En especial en el modo cómo Jesús se redescubre frente al último profeta en Juan el Bautista.

El es promesa cumplida, heredero del profetismo veterotestamentario e iniciador de un nuevo profetismo judeocristiano. En él se cumplen promesas pero continúa la historia de salvación con quienes han de seguirle. Ellos y ellas, unidos por igualdad bautismal, en el seguimiento de Jesús (akoluthein), habrán de continuar esa vocación profética que no se reproduce por confianza ministerial de imposición de manos (reflexión que luego se amplía en las teologías de la sucesión apostólica, tema que ahora no nos ocupa).

La profecía como carisma viene de Dios mismo y surge en el seno de la asamblea creyente de los pueblos. En cuanto a la dimensión bautismal recibida, de la realeza mesiánica de Jesucristo, hemos de encontrar sus huellas en los evangelios mismos. El servicio, concebido de ningún modo al estilo ritual, sino existencial y vital, compromete al creyente a la continuidad del mesianismo de Jesús, no desde un triunfalismo neocolonial de ubicar la fe sobre otras, casi en resistencia al pluralismo religioso, sino como un servicio que quiere restaurar la Basilea de Dios, su voluntad amorosamente liberadora desplegada en la historia, convirtiéndose en buena noticia para la humanidad doliente.

C. *La teología del Concilio Vaticano II reconoce el sacerdocio teológico y común del pueblo bautizado.*

En la tradición católico-romana, inculturada desde América Latina, la catequesis post conciliar ha dado abundantes frutos de la adhesión a esta dimensión del sacerdocio de Cristo. El mayor de ellos que le da adultez a cualquier comunidad de fe: el martirio.

La reflexión teológica y cristológica en comunión con el espíritu del Concilio Vaticano II, nos ha brindado un matiz muy importante cómo lo es la diferenciación del sacerdocio teológico del ministerial. Haciéndonos comprender cómo el laicado es partícipe pleno teológicamente del sacerdocio de Jesús y se diferencia del modo cómo es comprendido en el legado del Nuevo Testamento. (Sólo por citar algunas fuentes, recuérdese el tema del sacerdocio profundizado en la tradición Joánica, Lucana y en la Carta a los Hebreos).

Las funciones ministeriales han de honrar la vocación única a la *diakonia*, al servicio a los demás como horizonte de vida cristiana. Con esta *diakonia* (servicio) se ha de recordar la *martirya* (la disponibilidad al martirio), y la *koinonia*, (comunión) esenciales características que van más allá de ser rasgos pastorales en la misión, se trata de tomar en serio la tradición de la comunidad cristiana en esa trilogía con la que dibujó la identidad cristiana inaugurada en el Bautismo capaz de recrear las relaciones desde una auténtica metanoia (conversión cristiana) haciéndonos capaces por su gracia, de generar relaciones alternativas al mundo patriarcal clasista, racista y sexista como bien sabemos.

Solo para ilustrar, en aquella época el mundo judío tanto como el grecorromano, están configurados por una delimitación cultural que hacía de las diferencias motivo de marginación por causa de clases —herencia de la antigüedad clásica, por razón de razas —conflictos por ejemplo entre judíos y samaritanos, o sencillamente no judíos—, y obviamente también por motivo de sexo; recuérdense las diversas expresiones misóginas en algunos textos de la literatura sapiencial—; dicho sea de paso, por ellos no han de usarse estas fuentes saltando explicación de su contexto; o la misma relación dignificante de Jesús con las mujeres que le seguían o que le buscaban, calificada como sospechosa para los grupos religiosos de su tiempo.

También la lectura que quiere exaltar que Jesús históricamente no eligió mujeres para el seguimiento, pretendiendo descalificarlas de la equidad ministerial perdiendo la riqueza de su contribución dignificada a las necesidades de la misión de la Iglesia. Para algunos hoy día ese pensamiento estriba en declarar que no hay que buscar “reconocimiento” o “poder”, haciendo caso omiso de que tales categorías se aplican sin más al servicio masculino del que no se le demanda su excesivo reconocimiento y ejercicio del poder. En esa dirección la teología feminista identifica un problema de perspectiva de género, para el análisis de lo que encubre considerar el reconocimiento de la igualdad de las mujeres en el quehacer ministerial-sacerdotal, que lleva a sacralizar el orden actual apartándonos de la necesidad de la vuelta a los orígenes del cristianismo primitivo para ver desde él lo que tenemos hoy, y no al revés.

Un ejemplo de esta mirada androcéntrica del sacerdocio cristiano, es que en el jueves santo día del mandamiento del amor, del servicio, también evocadora de la última cena, simiente de la Eucaristía, pastoralmente algunos lo vienen motivando como “el día del cumpleaños del sacerdote”. Con ello se mengua la fuerza de que ese día ese mandamiento, esa vocación diaconal y esa convocación eucarística, es para la totalidad de la comunidad cristiana compuesta por diferentes vocaciones, estilos de vida, y funciones ministeriales. Se recuerda muy poco en esa jornada, ese sacerdocio común que teologalmente nos une y que reconoció el Concilio Vaticano II al entero Pueblo de Dios, vinculando el ministerio ordenado y no ordenado, en la misma identidad sacerdotal recibida en el Bautismo. (Cfr. Documentos Conciliares *Presbyterium Ordinis* y *Apostolicam Actuositatem* en el Concilio Vaticano II). Otro tema es el cariño que sin duda nos hermana en la hermosa misión que nos compromete, que ojalá no tenga fecha para celebrarse, pues ha de ser permanente clima apostólico.

## **II. Significado teológico del aporte de la memoria histórica eclesial que se nutrió del trabajo socio pastoral del laicado en la misión eclesial latinoamericana.**

Es importante hacer relectura de la historia eclesial de Centroamérica en el marco latinoamericano. Se ha de trabajar mucho para la recuperación de la memoria histórica del proceso de liberación que han vivido nuestros pueblos. Esto no es tarea solo

de nuestra Iglesia, pero al haber comprometido a muchos de sus hijos e hijas en los derroteros de la misión profética, que ellos llevaron al extremo del compromiso con su ofrenda de la propia vida. Por lo menos se espera asuma como tarea permanente la conjunción solidaria con esfuerzos locales, para que esta memoria no omita el sacrificio de muchos de sus agentes pastorales. Así lo requirió la *Tertio Millenio Adveniente* No. 37, invitando a hacer el martirologio en cada comunidad local.

Es importante reconocer el compromiso profético que viene asumiendo la Iglesia en el istmo centroamericano, hace varias décadas post conciliares. Obispos, clero, y el laicado, y los religiosos que también son laicos en cuanto no ordenados, han trazado un camino invaluable de recreación de ministerios laicos. Se ha recogido su testimonio desde los espacios familiares, las comunidades eclesiales de base, las diversas pastorales juveniles, cursillistas, movimientos apostólicos y de espiritualidad; iniciativas episcopales delegadas –y aceptadas– al laicado, en el mundo de la política, las comunicaciones, la cultura y la ciencia. La iglesia se entiende y extiende desde esa identidad sacerdotal esencial que es compartida por el pueblo bautizado, como ha dicho García Roca (Cf. *Y la Iglesia se hizo Pueblo*). Presento aquí algunas ideas fuerza que dan significado más profundo a esos trabajos tesoneros cotidianos que, en el campo y la ciudad, han tejido hombres y mujeres desde la espiritualidad del seguimiento de Jesús en los caminos de nuestra historia reciente.

*A. Revalorización teológica de la identidad corporativa del misterio de la Iglesia, en su trasfondo bíblico.*

Fue Monseñor Romero quien tradujo para nosotros esta comprensión semítica Israelita sobre el Pueblo de Israel, como “humanidad doliente” que apenas hemos profundizado teológicamente como legado sapiencial del magisterio local salvadoreño. Se trata de reconocer y valorizar la conciencia profética que habita al Pueblo de Dios que se ha manifestado históricamente, en la tónica vital y comprometida del trabajo de personas, grupos, instituciones y movimientos. La aceptación de la misión en nuestro contexto ha ido llevando a los cristianos y cristianas, incluso a la aceptación de la posibilidad del martirio. Por eso para Monseñor Romero el pueblo era también “su profeta”.

Esta identidad de humanidad doliente nos aproxima al misterio de las víctimas de la historia donde se entronca cualquier discipulado cristiano que sigue a Jesús reconociendo en él al cordero degollado. También en el desfigurado de la cruz somos llamados a acercarnos a los crucificados de nuestra historia presente, a respetar profundamente el calvario de su dolor, y a buscar de bajarle de la cruz para liberarle en lo personal y en lo colectivo de la carga impuesta por los victimarios de la historia. Es imposible no ver dialécticamente una relación entre víctima y victimario.

Como pasó con la dicotomía entre ricos y pobres, no se trata de oponerlos antitéticamente para generar una dinámica polarizada excluyente, sino para poner verdad en la relación, para señalar la causalidad (relación de causa y efecto) que les conecta. Para reivindicar como por la fe, descubrimos ante la cruz de Jesús en la pascua, de qué lado está el Padre. Y de cómo la resurrección de Cristo, ha devuelto dignidad teológica a todos los crucificados y crucificadas de la historia.

Una consecuencia de esta valoración es que la igualdad de la condición de las víctimas nos ayuda a continuar la tradición martirial y profética con mayor equidad, proponiendo al pueblo de Dios el ejemplo de vida, de entrega y de la amplia dimensión de la comprensión de la Iglesia como cuerpo de Cristo que en este misterio martirial tiene a tantos hijos e hijas en su seno, no como cristianos anónimos, sino sujetos invisibilizados, no solo por la sociedad que les anula, sino por su misma Iglesia que tarda en reconocer su dignidad cristiana, por ejemplo al querer acentuar el debate de si se trata de héroes o de mártires.

Decimos esto porque no son pocas las veces que miembros de la Iglesia les han señalado sólo como víctimas por consecuencia de haberse apartado de la misión eclesial, quedando así eclipsado el misterio de redención por su fe, en su identidad personal y corporativa, en este sentido semítico que acoge lo colectivo de modo singular, por ejemplo en expresiones como “el Hijo del hombre”, o hijo de humanidad. Esto quería recordarnos aquel versículo de Juan 15, 13 que descansa en la cripta del pastor obispo y mártir Monseñor Oscar Romero: “Nadie tiene más amor que el que da la vida por sus amigos”.

B. Revisión de la santidad política como reflexión teológica latinoamericana que da razón de ser del compromiso laico en la



transformación de la historia en los procesos liberadores que anteceden al nuevo siglo. Tal profundización nos ayudaría a recuperar no acepciones de santidad, sino modos nuevos de comprensión del compromiso vital de los cristianos.

La revisión desde la teología moral renovada, por ejemplo, implicaría revisar la categoría del pecado personal y estructural. Tal revisión implica asumir desde la moral social y la Doctrina Social de la Iglesia, la acogida de la santidad del compromiso cristiano laico, especialmente en los tiempos que requirieron la posibilidad del martirio a la Iglesia en el continente. Es la conferencia de obispos en Medellín la que reflexionó sobre la santidad de los procesos históricos de liberación y llamó a la generación de continentes nuevos mediante la participación de hombres nuevos, y mujeres nuevas.

No se trata de querer una posible ampliación del santoral, que de suyo necesita la incorporación de personas que sean modelos laicos de santidad a las futuras generaciones, sino para la equidad del don querido por Dios para todos. Particularmente para el caminar eclesial de nuestros contextos, revisar concepciones de santidad que incluyan la dimensión política de la fe, ayudaría a no desvirtuar la entrega de toda una generación que luchó desde muchas utopías, entre ellas la cristiana. Es de cara al futuro que necesitamos hoy valorizar la memoria histórica desde diversos ángulos, para integrar este legado de amor hasta el final inspirado en la entrega de Jesús, como parte integral de su herencia. Creer en el advenimiento de un cielo nuevo y una tierra nueva da cabida a la fe en el Espíritu de Dios que puede hacer nuevas todas las cosas, dar vida a los huesos sin ella, y declarar el triunfo de la vida sobre toda muerte, desde ya. Desde el presente de nuestra historia hacia el horizonte escatológico siempre esperado por la comunidad cristiana.

**Parte III: Tres desafíos teológico pastorales, para un trabajo compartido entre los laicos y la jerarquía, con una mayor mística evangélica y capacidad de integración de los dones recibidos para la misión que realizamos como cuerpo eclesial.**

A. Asumir la universalidad que implica el misterio de la encarnación, para ubicarnos como parte de la humanidad con una identidad colectiva, teológica y societaria, al servicio del género humano.

Si hubo una intuición fundamental en el Nuevo Testamento y luego en la Patrística, fue la necesidad de razón desde la fe del misterio de la encarnación. Esta meditación fue hecha con fe, con seriedad, con espíritu, con amor. No se quería desvirtuar la lectura de la historia de salvación, eran conscientes del nacimiento de la tradición judeo cristiana, querían comunicar el pleno cumplimiento de las expectativas mesiánicas en la aceptación de la revelación histórica de Jesús como el Cristo.

La mirada universal que nos heredó el período patrístico, no deja lugar a dudas del alcance que la salvación tuvo para estas primeras generaciones de cristianos, era un alcance universal. No cómo hoy, que pretendemos tener más claro quiénes están afuera que adentro de la Iglesia. O también una época en que el etnocentrismo europeo y en general de los países fuertes está a la orden del día en todos los ámbitos del desarrollo. Muchas veces con crasa inconsciencia de las implicaciones para un futuro genuinamente solidario.

Esta primera percepción de la ekumene en el tiempo del cristianismo primitivo, ubicaba la misión en la totalidad del mundo conocido, no solo señalaba linderos geográficos desbordados. Es más que eso. Le precede la tradición una y plural del marco judaizante, que generó tradición de comunidades petrinas, las de tradición paulina, y más, post paulina. Aquello que se nos narra en la asamblea de Jerusalén, de cómo las tradiciones debatieron si la circuncisión habría de marcar quiénes eran y no eran cristianos. El mejor fruto de esa coyuntura fue el reconocimiento que tuvo que hacer el cristianismo primitivo de su identidad mixta por procedencia y costumbres, sea vinieren sus creyentes de Jerusalén o de Antioquía, y en especial fuesen o no circuncidados. (Cf. Cap. V. El pluralismo en la Iglesia primitiva. La Mesa compartida. Ignacio González Faus).

El debate fundamental dio como resultado el crecimiento de la conciencia en la igualdad bautismal sin hacer acepción de personas, por su clase (ricos o pobres), por su raza (samaritanos, antioquenos o judíos), o por su sexo (hombres y mujeres). Esto último porque por razones obvias las mujeres no se podían ni nos podemos circuncidar. Entonces queda el Bautismo como el definitivo vínculo a la comunidad eclesial y a su misión de instauración del Reino de Dios. No hay más un motivo segregador.

La encarnación de Cristo nos ha merecido por gratuidad esencial, es decir, no por mérito ninguno, la inclusión en la historia de salvación, mediada sólo por Jesucristo. De allí que la encarnación sea clave para todo proceso de inculturación auténtico en la vida de la Iglesia cristiana. Como ya se ha estudiado fue la continuidad de la tradición postpaulina, la que va haciendo recortes en los seguidores, dejándose captar por el influjo cultural del mundo grecorromano y sus resabios judíos. Lo cual provocó una pérdida simultánea de la capacidad alternativa y de imaginación profética latente en el cristianismo que se abrigó en el movimiento de Jesús por el Reino de Dios.

Por ello la igualdad en la posterior historia del cristianismo fue recortada, y con ello este precioso sentido de universalidad. No obstante, se siguió afirmando la igualdad cristiana en el ámbito racial, se superó en mucho el racismo coincidente con el término de la etapa esclavista del período de la antigüedad clásica, pero el sexismo continuó vigente en el patriarcado que culturalmente sacralizó sus formas, estructuras y contenidos. Por ello y su sacralización la teología feminista le califica como “pecado estructural”. En nuestro contexto salvadoreño, nuestro mártir Ellacuría, convocaba como filósofo, teólogo y creyente, a la reversión de la historia desde los oprimidos. Pero hoy como ayer, sus palabras suenan muy utópicas a muchos, tal como le pasó a Jesús.

Conclusivamente, por eso es un desafío esa recuperación paulatina de la conciencia de la igualdad bautismal primigenia en nuestra Iglesia, a fin de que sea plena la buena noticia querida por Jesucristo. Esta conciencia hará realidad esa igualdad ante Dios, más allá de su proclamación litúrgica. Por otro lado nos hará coincidir con otras voces seculares en lo que tienen de verdaderas y justas.

B. Asumir por igual la irrupción del Espíritu Santo de Dios en el llamado y envío a la misión, sin dicotomías y sin subordinar los dones de unos a otros.

El desafío de acoger la presencia del Espíritu Santo a partir de la fe pascual, es un llamado personal y comunitario que podría facilitar el llevar a Cristo al mundo, que su mensaje sea recibido con alegría y comunicado con más amor. La superación de los dualismos y miradas fragmentadas de la realidad humana y divina, nos haría recuperar el sentido de trascendencia cristiana, no como

algo externo a ella, sino en mayor equilibrio con la historia que la atraviesa. La oración se nutriría más certeramente de las experiencias donde el Espíritu Santo revelado en Jesús, ha venido tomando cuerpo en el devenir eclesial, buscando caminos de presencia y servicio, con un espíritu contemplativo en su caminar.

Desde lo cotidiano, desde lo pequeño, desde los márgenes, la tradición cristiana universal se ha venido haciendo particular. Recuperaríamos un sentido de trabajo por la justicia más cristiano, que brote de la fe como querían nuestros mártires jesuitas, en lo que toca a nosotros. Más abierto a reconocer que podemos ser solidarios con el trabajo por la justicia que han venido haciendo otros y otras, con otras luces y paradigmas. Daríamos más importancia al discernimiento de lo que viene del Espíritu de Jesús y menos a la consideración de si tiene o no, el cariz de una espiritualidad determinada. Se trata de hacer más cristiana cada espiritualidad, y más cristiana cada Iglesia que quiera fundarse en Jesús.

C. Asumir la conflictividad inherente frente al antireino, simultáneamente a la bondad del mundo, de lo humano y de la historia.

Como bien sabemos ayer y hoy, el Reino de Dios no se presentará sino controversialmente frente a la dinámica del antirreino. No será fácil asumir esta mirada frente a la realidad que se presenta como idolátrica, absolutizando realidades temporales e incluso sacralizando personas y funciones, en el ámbito secular o más eclesiástico. Nuestra misión cristiana implica un discernimiento constante, personal y compartido para identificar las bondades de lo humano, de la historia, de lo terreno donde ese Espíritu de Jesús se nos comunica. El lugar teológico de la revelación cristiana sigue siendo el mundo, por voluntad de Dios. Asumir la conflictividad del compromiso cristiano, cultivar su esperanza pascual desde la tradición eclesial recibida, defendiendo la honda revelación descubierta en la encarnación, y la solidaridad y ternura del Dios de Jesús que se nos ha ofrecido con total gratuidad.

En conclusión todos y todas necesitamos crecer en la conciencia de trabajar por unas relaciones más fraternas en la Iglesia, esfuerzo que nos potencia todas las vocaciones, llevándolas a un grado mayor de felicidad, madurez, autenticidad cristiana y servicio eficaz en el testimonio de llevar a Cristo al mundo con plenitud evangélica, partiendo de nuestras limitaciones, pero también confiados en su gracia, en la estela memorial de nuestros mártires y en la nube de testigos que nos sostiene. (Hebreos 11.)